

daban esos anatemas? ¿Se había declarado Francisco I a favor de Lutero? ¿Acaso quería provocar un cisma? No: no había dejado de ser el rey cristianísimo. Pero el emperador y Enrique VIII se habían coaligado para el desmembramiento de la Francia; Leon X había entrado en la liga; y no pudiendo suministrar soldados ni dinero, ofreció sus armas espirituales contra el enemigo común (1).

Esto da la medida de las miras políticas de Leon X y de su carácter moral. ¿Habrán que preguntar todavía si el papa se propuso librar de los Bárbaros la Italia? Es verdad que en él dominaba el odio a la Francia, a pesar de sus protestas de eterna amistad; un embajador veneciano lo observó ya (2), y de ello tenemos la prueba auténtica en los tratados. Enemigo de la Francia, se veía obligado a ser partidario de la España, siendo así que la preponderancia de Carlos V era más peligrosa para Italia que el predominio de la Francia, puesto que aquella era más seria y más estable. Si hubiere podido ser ejecutado el último pacto que firmó Leon X, hubiera dado a la Casa de Austria la monarquía universal. Y ¿qué hubiera sido en ese caso de la dominación temporal del papado? Leon X era tan imprevisor en su egoísmo como el rey de Inglaterra. Uno y otro hubieran podido ser los mantenedores del equilibrio, y uno y otro lo sacrificaban a su ambición, sin reflexionar que el engrandecimiento del poder que deseaban con tanto anhelo no tenía seguridad alguna en cuanto la Casa de Austria llegase a reinar en la mayor parte de la Europa. Y Leon X era todavía más culpable que Enrique VIII, puesto que sacrificaba la independencia de la Iglesia y el interés de la religión al engrandecimiento temporal de la santa sede y de su familia; y para conseguir el fin de esa mezquina política, traficaba con su poder espiritual, sin considerar que, haciendo un abuso tan escandaloso de su pretendido derecho divino, comprometía la existencia del papado.

II.

Adriano VI era un papa sincero que no tenía más mira que el interés general de la cristiandad.

(1) Véanse las pruebas en GUICCIARDINI, ROSCOE, RANKE y MIGNET.

(2) GRADENIGO dice que alguna vez dió muestra Leon X de inclinarse en favor de Francia, fué pura hipocresía: «Fenzeva esser amico del re di Francia» (RANKE, *Fürsten und Völker*, tomo IV, 2, p. 16).

¿Por qué, en vez de enaltecerle como a Leon X, le han tratado casi de imbécil los historiadores ultramontanos? Es que cometió una culpa imperdonable a los ojos de los altos dignatarios de la Iglesia: hizo pública confesión de los abusos que manchaban la corte de Roma y prometió la enmienda. El papa quería verificar una reforma legal para contener la revolución religiosa que sublevaba a la Alemania, pero fracasó ante la sorda oposición de los ortodoxos que vivían de las exacciones. Adriano VI quería también, y muy sinceramente, la paz entre los príncipes cristianos, a fin de unirlos contra los infieles; pero la cruzada era tan imposible como la regeneración de la Iglesia. El papa impuso una tregua a los partidos beligerantes y amenazó a los que la resistieran con las censuras eclesiásticas. Francisco I se negó a consentir en una tregua que consagraba su expulsión de la Italia, y contestó a las amenazas con otras amenazas, recordando lo que había pasado en el siglo XIV: «Bonifacio VIII se empeñó contra Felipe el Hermoso y salió mal librado; vuestra prudencia pensará en ello.» El papa no se atrevió a lanzar sus rayos, y fracasó en su tentativa de paz, como había fracasado en su ensayo de reforma. Enrique VIII y Carlos V hicieron una liga contra Francisco I, e invitaron a Adriano VI a entrar en ella. Nada más contrario al papel de un padre común de los fieles; pero la fuerza de las circunstancias arrastró al débil pontífice. Formóse una poderosa coalición contra la Francia en que entraban todos los Estados italianos y las principales potencias de Europa. Los jefes de la liga pensaban nada menos que en desmembrar la Francia; lo cual hubiera dado infaliblemente por consecuencia la monarquía universal de la España (1). Y hé ahí otra vez al papado cómplice de una coalición que hubiera puesto al mundo cristiano en manos de un solo hombre y comprometido la independencia temporal y hasta el poder espiritual de la santa sede.

III.

La verdadera política de los papas hubiese sido arrojar a los dos rivales de la Italia, pero no tenían fuerza para ello. De ahí resultó que la serie casual de los acontecimientos los traía y los llevaba tan

(1) MIGNET, *Rivalidad de Carlos V y de Francisco I.*

pronto al lado de Carlos V como al de Francisco I. Clemente VII, de la familia de los Médicis, había sido como cardenal partidario de la alianza española; y apenas se sentó en la silla de San Pedro, se hizo aliado de la Francia. ¿Cuál fué la causa de ese cambio de política? Un miserable deseo de engrandecimiento. El duque de Ferrara, cuyos Estados codiciaban los papas, se había apoderado de Reggio a la muerte de Leon X; Clemente VII quería que Carlos V volviese sus armas contra el duque en el momento; y el emperador, a quien entonces preocupaban por completo sus grandes designios contra la Francia, se negó a ello; de ahí el profundo descontento del papa (1). Tal fué el primer origen de la disidencia de Clemente VII. Pero cuando el soberano pontífice rompió definitivamente con el emperador después de la batalla de Pavía, no se olvidó de invocar la libertad de la Europa y la independencia de Italia (2), amenazadas por la omnipotencia del vencedor. ¿Habrán que tomar en serio esas palabras del manifiesto pontificio, y celebrar a Clemente VII como continuador de la política de Julio II?

Un historiador alemán dice que los papas no podían prestar mano a la dominación de los Españoles en Milan y en Nápoles; que éstos mostraban ya la insolencia de un amo extranjero, y no ocultaban la poca consideración que tenían a la santa sede; que la victoria de Pavía, librándolos de una peligrosa rivalidad, iba a colocar a la Italia en la absoluta dependencia de los vencedores, y que Clemente VII quería sacudir aquel yugo sin volver a caer en el de la Francia (3). Sin duda que el interés de la santa sede reclamaba esa política, y que Clemente VII, talento perspicaz y fácil, debía ver lo que después de todo era claro como la luz del día. Pero si al papa no le faltaba penetración, le faltaba grandeza; era un Médicis, como dice un enviado veneciano, tímido hasta la pusilanimidad, irresoluto, veleidoso, y que no se decidía más que por consideraciones mezquinas, índole de comerciante y de especiero (4). El interés territorial de la santa

sede y el de la Casa de Médicis se sobreponían a todo y no le dejaban ver ni la libertad de la Europa ni la independencia de Italia. Si en alguna ocasión se debió preocupar el papa de la suerte de Italia y la cristiandad, fué cuando Carlos V, vencedor de Pavía, tuvo aprisionado a Francisco I; y, sin embargo, Clemente VII trató entonces con el emperador; y solamente cuando éste rehusó dar satisfacción al Santo Padre en lo relativo al ducado de Ferrara, fué cuando éste pensó en el equilibrio y en la libertad de la Italia (1). Estas preciosas palabras pierden su valor en la boca del papa; y no significan que la corte de Roma tome a pechos la salud de la Europa, sino que se encuentra lastimada su miserable ambición. ¿Se quiere una prueba evidente de esa pequeñez de espíritu? Roma fué asaltada por el ejército del emperador, tomada y saqueada como no lo había sido por los Bárbaros. Carlos V, en medio de protestar de su inocencia tuvo prisionero al papa durante seis meses. Nosotros comprendemos que Clemente VII, arrastrado por la necesidad, tratara con su hipócrita vencedor; pero fué más allá, solicitó y obtuvo el apoyo de Carlos V para someter a Florencia al yugo de los Médicis; y se vió aquel mismo ejército de herejes y de descreídos que había saqueado a Roma hecho prisionero al papa y profanado los misterios de la religión, poner sitio a Florencia a petición del papa y dar el golpe de gracia al resto de la libertad que quedaba en Italia (2).

Hé aquí de qué manera libertó Clemente VII a su patria. Dícese que quería libertar la Italia de la servidumbre extranjera. En boca de los papas, ese gran proyecto era un pretexto y una mentira; en la pluma de los historiadores que creen esas palabras, es una credulidad llevada hasta la tontería. ¿Qué importaba al papa que la Italia fuera esclava, con tal que la Casa de Médicis reinase en Florencia! El papa, sin embargo, concluyó por aliarse de nuevo a Francisco I. Las razones que apartaron de Carlos V son características, y prueban que Soriano, el enviado de Venecia, no le juzgó con excesiva severidad al decir que siempre se determinaba por motivos viles e indignos de un papa-

tà... Questa timidità è causa che sua santità è molto irresoluta e molto tarda a risolversi, e seppur si resolve. è molto facile a mutarsi, non già per così di momento ma piuttosto per causa vile e di poco momento.»

(1) RANKE, *Deutsche Geschichte*, t. II, p. 336, 337.

(2) CONTARINI, *Relazione*, en ALBERI, II, 3, 266.

(1) RANKE, *Deutsche Geschichte im Zeitalter der Reformation*, tomo III, p. 333 y siguientes.

(2) *Breve de Clemente VII contra Carlos V*, véase a LE PLAT, *Monumenta Concilii Tridentini*, t. II, p. 245: «Ut impendens Italia grave servitutis periculum ac turbationem universae christianitatis, quantum in nobis est, propulsemus.»

(3) RANKE, *Deutsche Geschichte*, t. II, p. 100-104.

(4) SORIANO, *Relazione* (1531), en ALBERI, II, 3, 278: «Sua Santità è dotata di non ordinaria timidità, per non dir pusillanimità.»

Primer motivo: el emperador resolvió las cuestiones territoriales que existían entre la santa sede y Ferrara en favor del duque. Segundo motivo (1); el emperador tenía la ambición de restablecer la unidad cristiana, y creía poder atraer á los protestantes al seno de la Iglesia por medio de un concilio que les diese satisfacción, corrigiendo los abusos; y Clemente VII, que temía el concilio mucho más que Lutero, buscó en la alianza del rey de Francia un apoyo contra las instancias importunas de Carlos V. ¡Dignos motivos, sin duda alguna, de un vicario de Dios! Francisco I, que tenía un gran interés en apartar al papa de la alianza española le hizo cuantas concesiones apetecía, y llegó hasta consentir en un enlace de familia que debía colocar á una de las Médicis en el primer trono de la cristiandad. Pero el papa pagó muy caro ese honor y esa protección: prometió á los futuros esposos la posesión de Pisa, de Liorna, de Parma, de Plasencia, de Módena y de Reggio; y aún se pretende, y la cosa es muy probable, que sus compromisos se extendieron á Milan y á Nápoles (2). De esta manera, para sustraerse á la dominación española y para procurar un brillante matrimonio á su sobrina, Clemente VII desmembraba la Italia y la entregaba á la Francia. Hé aquí el patriotismo del papa que había desplegado la bandera de la independencia italiana.

IV.

Leon X y Clemente VII eran príncipes más bien que papas, y tenían ni más ni menos que los reyes un immoderado deseo de engrandecerse. Vamos á entrar con Paulo III en una época de reacción católica; pero ¿va á cambiar la política de los papas, van á ponerse á la altura de los pontífices de la Edad Media en cuanto á la grandeza de sus miras, ya que no en cuanto á la extensión de su poder? El embajador de Francia en Venecia escribe á Enrique II (1547) "que todos los designios de Paulo III no tendían más que á acrecentar y perpetuar su casa" (3); y el más grande historiador del siglo XVI dice que al papa le ocupaban

(1) RANKE, *Fürsten und Völker von Süd-Europa*, t. II, p. 110 y siguientes.

(2) SOLDAN, *Geschichte des Protestantismus in Frankreich*, tomo I, p. 125.

(3) CHARRIERE, *Negociaciones de la Francia con el Oriente*, tomo II, p. 19.

más los intereses de su familia que los de la santa sede (2). Aún cuando el nepotismo fuese considerado casi como un deber por aquellos que se atrevían á llamarse vicarios de Jesucristo, los contemporáneos encontraron que Paulo III tras pasaba todos los límites del favoritismo (2). Comenzó por elevar á dos de sus sobrinos, siendo aún jóvenes, á la dignidad cardenalicia; y como el emperador le hiciera por ello cargos, el papa contestó que hacía lo que sus predecesores, y que había ejemplos de cardenales que eran niños de teta. Las dignidades eclesiásticas no bastaban á la ambición paternal de Paulo III, y quiso que su hijo y sus sobrinos fuesen príncipes. Había casado á su hijo Farnesio con la hija natural de Carlos V, y pidió al emperador que le invistiese con el ducado de Milan. También contaba con casar á su sobrina con el heredero presunto del Piemonte y de la Saboya. El Santo Padre intrigaba en todas las cortes de Italia para establecer á sus parientes (3).

Paulo III es el primer papa de la reacción, y se dice que pensaba seriamente en reformar la Iglesia. ¿Cómo conciliar ese celo reformista con un nepotismo que á los mismos italianos era escandaloso? Los ultramontanos salvan ordinariamente la dificultad negando los hechos; pero los hechos son aquí demasiados patentes para que permitan ese sistema de defensa. Pallavicini confiesa que el papa, tan severo para los demás, era demasiado indulgente para con los suyos; pero hace una cruda guerra á *Sarpi*, porque este ilustre historiador dice que Paulo III pidió la investidura de Milan para su sobrino Farnesio: "¿Cómo creer, dice, que Paulo III se hubiera atrevido á escribir al emperador las cartas que nosotros poseemos, si realmente le hubiese pedido la investidura del Milanesado para Farnesio? Habría que suponer que había sido un hipócrita sin vergüenza" (4). Esta apología se ha trocado en censura, porque el hecho tan audazmente negado es cierto; por consiguiente, hay que decir, con el defensor de la corte romana, que Paulo III era un desvergonzado hipócrita (5).

Sin embargo, Paulo III era un fanático; en su

(1) DE THOU, *Historia universal*, lib. VI.

(2) SORIANO, *Relazione*, 1535: «E inclinatissimo a far grandi in suoi.»

(3) RANKE, *Fürsten und Völker*, t. II, p. 224, 252, 254.

(4) «Simulatione sfacciatas» (PALLAVICINI, *Istoria del concilio Tridentino*, lib. V, c. 14).

(5) RANKE, *Fürsten und Völker*, t. IV, 2, p. 48.

tiempo fué cuando Carlos V tomó las armas contra los protestantes, siendo las excitaciones del papa las que contribuyeron en mucha parte á aquella primera guerra de religión. El Santo Padre envió tropas auxiliares al emperador y trató de empeñar en la lucha á muerte contra el protestantismo á todas las potencias católicas. Carlos V salió vencedor; ¿quién no esperaría ver al papa redoblar sus esfuerzos para aniquilar la Reforma? Pues Paulo III, por el contrario, llamó sus tropas de Alemania y consintió que pasasen al servicio de Francisco I; de repente se sintió poseído de un entrañable amor á la Francia. "Yo he leído en libros antiguos, le dice al cardenal de Guisa, he oído decir cuando era cardenal, y lo he experimentado desde que soy papa, que la santa sede se ha visto siempre floreciente cuando se ha apoyado en los reyes de Francia; y que haciendo lo contrario, ha recibido daños, y toda la Italia ha sufrido deterioros. No perdono al papa Leon el haber colocado al emperador en el reino de Nápoles y en el ducado de Milan, ayudándole á echar á los Franceses... Y me culpo á mí mismo de haber auxiliado al emperador en la guerra contra los protestantes de la Alemania" (1). Hé ahí, pues, al celoso papa, que hace votos secretos en favor del protestantismo. Y no se detuvo en tan buen camino. Paulo III quiso una alianza cada vez más íntima con la Francia, y pensó en rehacer el mapa de Italia, acariciando los proyectos sobre Milan y Nápoles, y provocando una revolución en Génova. Y como hacían falta aliados para tan grandes empresas, el Santo Padre no vió mal alguno en que el rey de Francia se aliara con el sultán para la conquista de Nápoles; y á fin de que no le sirviera de embarazo la guerra con Inglaterra, le aconsejó hacer la paz con el joven Eduardo; verdad es que éste era protestante, pero se trataba del bien público de la cristiandad; y el fin ¿no justifica los medios? (2).

De aquí se ve que también hay acomodamientos con el celo religioso. ¿Por qué pasó Paulo III tan súbitamente de la alianza española á la francesa, y de una guerra á muerte contra el protestantismo á hacer votos en su favor? ¿Por qué del odio á los infieles pasó á hacer una liga con los enemigos del nombre cristiano? Se dice que los triunfos

(1) RIBIER, *Cartas y memorias de Estado*, t. II, p. 75.

(2) RIBIER, *Cartas y memorias de Estado*, t. II, p. 117.—RANKE, *Fürsten und Völker*, t. II, p. 265-268.

rápidos de Carlos V contra los príncipes alemanes hicieron temer al papa la dominación de la España en Italia; pero aliándose con el emperador contra el protestantismo, suministrándole soldados y dinero, ¿no debía esperar la victoria de las armas católicas? Nosotros creemos que fueron motivos más personales los que le determinaron á cambiar de alianza. Carlos V rehusó colocar á Farnesio en el Milanesado; de ahí la cólera de Paulo III contra la España y su amor á la Francia. El papa no tuvo aliento bastante para poner en ejecución sus designios, y murió del pesar que le dieron sus sobrinos, por los cuales lo había sacrificado todo. Habiendo Paulo III reunido Parma á los Estados de la Iglesia, sus sobrinos se creyeron robados y se revelaron contra él: tal ingratitude despedazó el corazón del viejo pontífice.

V.

No se puede hablar seriamente de Julio III; el cardenal Farnesio escribe al rey de Francia: "Tres cosas faltan al Santo Padre, el corazón, el dinero y la reputación; me da lástima ver la santa sede de esta manera gobernada" (1). Julio III, ¿fué Español ó Francés? Usó el lenguaje de todos los vicarios de Cristo; escribía á Carlos V y á Enrique II; escribía á la reina de Francia y al condestable de Monmorency, al mismo tiempo que lo hacía á Felipe II para restablecer la paz en la cristiandad (2); vanas frases, en las que ni el mismo papa creía. En sus conversaciones íntimas se mostraba favorable á la Francia y decía: "Que bien hubiera querido que el rey cristianísimo sentara el pié sólidamente en Italia, porque en él encontraría un apoyo cuando un rey de Nápoles ú otro lo molestara; porque la grandeza de Carlos V enflaquecía al Estado y al poder eclesiástico" (3). Hé aquí las palabras; veamos los actos.

Julio III quería quitar á los Farnesios, sus enemigos, el ducado de Parma para unirlo á los Estados de la Iglesia, y olvidó sus predilecciones francesas para aliarse con Carlos V, ménos por ambición que por el deseo de venganza. El cardenal de Tournon le advertía que "quizá encendiese tal fuego en Italia, que fuera difícil apagarle;"

(1) RIBIER, *Cartas y memorias de Estado*, t. II, p. 531.

(2) RAYNALDI, *Annales*, añ. a. 1553, núm. 19 y siguientes.

(3) RIBIER, *Cartas y memorias de Estado*, t. II, p. 542.

el Santo Padre le respondía que había pensado en todo, y que sucediese lo que quisiera, antes que retroceder se acomodaría con Satanás., ¡Hé aquí sentimientos dignos de un vicario de Cristo! El rey de Francia, aliado de los Farnesios, dirigió reconvencciones á Julio III: "En vez de poner en paz la cristiandad, el Santo Padre ha echado mano á las armas y ha puesto en guerra toda la Italia... Todo príncipe católico debe experimentar pena y disgusto al ver que el tesoro y las rentas de la Iglesia, que debieran emplearse en el servicio de Dios y en la sustentación de la fe católica y de los pobres, sirven para alimentar la guerra y las discordias entre un pueblo cristiano y por tan poca cosa., (1). El embajador de España en Trento, el célebre *Amiot*, reprodujo las mismas acusaciones en pleno concilio (2). Julio III es el tipo del papado del siglo XVI, con sus intereses mezquinos, sus pequeñas pasiones italianas, sacrificando el bien de la cristiandad, la libertad de la Italia y la independencia misma de la santa sede á miserables cuestiones de familia.

VI.

Nos hemos apresurado á llegar á un espíritu más serio; Paulo IV pertenece á la raza de los Gregorios é Inocencios, ya que no por el genio, á lo menos por las pretensiones; verdadero pontífice de la reacción católica, empleaba en el siglo XVI el lenguaje de los papas del siglo XII. Decía "que era el señor de todos los príncipes, como vicario de Cristo, que fué á la vez rey y sacerdote; que los emperadores y los reyes debían doblar su rodilla ante la santa sede., (3). Paulo IV tenía también la elevación de miras y la grande ambición de aquellos cuya altivez y franqueza quería imitar? Á juzgar por sus palabras sería preciso decir que estaba poseído del ardiente deseo de pacificar el mundo cristiano. Al siguiente día de su elección escribió á Carlos V recomendándole la paz como necesaria al mando cristiano; y escribió al rey Fernando de Austria para que emplease toda su influencia para con su hermano, á fin de procurar aquel beneficio

(1) RIBIER, *Cartas y memorias de Estado*, t. II, p. 323 y 344.
 (2) DE TROU, *Hist. universal*, lib. VIII.
 (3) NAVAGERO, *Relazione* (ALBERI, II, 3, p. 380): "El pontífice dice essere per mettere i re e gl'imperatori sotto i piedi—MOCENIGO, *Relazione* (ALBERI, II, 4, 48).

á la Iglesia (1). Pero ¿qué se debe pensar del papado y de sus protestaciones cuando se ve á Paulo IV, preconizador de la paz, convertido en el botafuegos de la Europa? "Era para muchos una cosa sorprendente, dice un contemporáneo, ver al papa que ántes había hecho profesión de una religiosidad estrecha en apariencia no hablar más, desde que fué elevado á la dignidad pontificia, que de armas y de guerra, de ejercicios y de organización., (2). Los católicos se escandalizaron, y con razón: "Aquel que como jefe de la Iglesia, dice *Pasquier*, debería ser el primer padre de la paz, es el primer autor y promovedor de las guerras entre los príncipes cristianos., (3). El mismo *Raynaldi*, apologista oficial de la política pontificia, dice que Paulo IV, cuyo valor elogia, habría merecido mayor gloria si en vez de hacer la guerra al rey de España por el interés de sus sobrinos, se hubiese ocupado del concilio general y de la paz de la cristiandad (4).

Paulo IV tiene por lo ménos un mérito, el de una política acentuada; en todas sus acciones respira el odio á España. "Permanecía horas enteras á la mesa, bebiendo un grueso vino de Nápoles, alcohólico y volcánico, desencadenándose contra el emperador y contra los Españoles, á los cuales nunca llamaba más que herejes, cismáticos, malditos de Dios, una semilla de Judíos y de Moros, la luz del mundo, y deploraba la desgracia de Italia al verse reducida á servir á una nación tan abyecta y tan vil., (5). Paulo IV era un romano por todos cuatro costados y echaba de ménos los felices tiempos en que la Italia se parecía á un instrumento bien templado: llamaba á Nápoles, á la santa sede, á Milan y á Venecia "las cuatro cuerdas, cuya armonía podía hacer la dicha de la Península., y maldecía las disensiones que habían entregado al extranjero la patria comun. Tradiciones de familia y ofensas personales aumentaron su odio contra Carlos V (6). Y cuando el emperador fué vencido por los protestantes, el fogoso pontífice creyó llegado el momento de echar de Italia á los Españoles: quería arrancarles á Nápoles, Sicilia y el Milanesado; expulsar de Florencia á los Médicis y

(1) RAYNALDI, *Annales*, ad a. 1555, núm. 24.
 (2) DE LA PLACE, *del Estado y de la República*, lib. I, p. 2.
 (3) PASQUIER, *Cartas*, IV, 1.
 (4) RAYNALDI, *Annales*, ad a. 1557, núm. 15.
 (5) NAVAGERO, *Relazione* (ALBERI, II, 3, p. 589).
 (6) RANKE, *Fürsten und Völker*, t. II, p. 586 y siguientes.

restablecer allí la república. Para encontrar aliados que le ayudasen á ejecutar tan gigantescos proyectos, el papa no vaciló en trastornar toda la Italia y el equilibrio de Europa; tentó la ambición de Venecia ofreciéndola el lote de Sicilia; hizo parecidos ofrecimientos á los duques de Parma, de Ferrara y de Urbino; últimamente, para atraerse á la Francia, sin cuyo apoyo no se podía pensar en combatir á Carlos V, prometió á Enrique II el ducado de Milan y el reino de Nápoles para dos de sus hijos (1). Paulo IV apeló al temor de los príncipes al mismo tiempo que á su codicia: "El emperador y el rey Felipe, les decía, se harán dueños del mundo si no se les detiene; hay que aprovecharse de la ocasión que se presenta para abatir su poder; se trata de salvar la libertad de todos los Estados y de garantizar su independencia., (2).

Un acontecimiento inesperado estuvo á punto de destruir los grandes designios de Paulo IV ántes de que se dieran á luz. Carlos V, ántes de abdicar quiso asegurar la paz á su hijo para el principio de su reinado, y concluyó una tregua de cinco años con Enrique II. Esa tregua era muy ventajosa para Francia, puesto que continuaba en posesión de la Saboya y de los tres obispados, Metz, Toul y Verdun. Se necesitaba, por consiguiente, romper un pacto solemne, quebrantar empeños contraídos por medio de juramentos y entregar la Francia y la Europa á las aventuras de una guerra: el papa retrocedió ante ningun obstáculo, y descendió hasta hacer que su sobrino el cardenal Caraffa escribiera á la duquesa de Valentinois, querida de Enrique II. La ambición francesa se dejó seducir con el ofrecimiento de Nápoles y de Milan. Quedaba en pie el escrúpulo de la palabra jurada; pero cuando se tiene á un papa por aliado, no hay promesas que obliguen. Paulo IV fué pródigo de ab soluciones, y permitió que el rey acometiera al emperador y á su hijo, con los cuales acababa de hacer un pacto sin siquiera declararles la guerra; todo ello en virtud del poder de atar y de desatar que Jesucristo ha dado á sus apóstoles. De modo que la violación de los juramentos es un acto meritorio, cuando el vicario de Dios es quien la ordena. Con tales auspicios se llevó á cabo la alianza ofensiva y defensiva entre la Francia y la santa

(1) MIGRET, *Carlos V*, p. 88.
 (2) NAVAGERO, *Relazione*, en ALBERI, II, 3, p. 392.

sede. Paulo IV no había olvidado sus intereses; de los despojos de la guerra debía recibir, por su parte, á Benevento y sus dependencias, á Gaeta y al territorio del lado acá del Garallano: además, el nuevo soberano de Nápoles, debía ser su vasallo y pagarle un tributo considerable.

Paulo IV, ese pontífice tan celoso por la reforma de la Iglesia, usaba y abusaba de su poder para saciar su odio contra la dominación española; y santificó la violación de la fe jurada por parte de Francia, y suspendió en España los oficios divinos sin causa ni razón, sólo para dañar á su enemigo. De este modo, el jefe de la cristiandad, comprometía la salvación de millones de fieles solamente por satisfacer sus pasiones. Y el pontífice que así se permitía jugar con la religión no era un Alejandro VI, era un sacerdote de costumbres severas, era un reformador. ¿Qué viene, pues, á ser la moral católica cuando aquellos que se llaman vicarios de Cristo proceden como si no tuvieran noción alguna de moral? Y todavía no hemos visto todas las iniquidades romanas. Carlos V se había mostrado siempre el defensor de la ortodoxia y el patrono de la Iglesia; en cuanto á Felipe II, ¿quién ha podido dudar de su afecto al catolicismo? Sin embargo, parece increíble! Paulo IV procedió contra Carlos V y su hijo como si fueran herejes, y su fiscal pidió que fuesen privados el uno del imperio y el otro del reino de Nápoles. Al propio tiempo que el papa perseguía á los reyes católicos, su sobrino el cardenal trataba con los protestantes y se entendía con Soliman para excitarle á que cayese con todas sus fuerzas sobre la Sicilia y el reino de Nápoles (1). ¿Se puede concebir una conducta más odiosa? El papa amenazaba excomulgar á príncipes que eran el brazo armado de la Iglesia, y llamaba á la Italia los enemigos eternos del nombre cristiano.

Dejemos ahí al jefe espiritual de la cristiandad y apreciemos la política de la corte de Roma. Amigos y enemigos han acusado á Paulo IV de haber turbado el reposo de la cristiandad sólo en interés de su familia. El duque de Alba, virey de Nápoles, le dijo que el papa quería la guerra por el deseo que tenía de engrandecer á sus parientes; y que en vez de ensangrentar el mundo con el único objeto de elevar á sus sobrinos, hubiera hecho me-

(1) RANKE, *Fürsten und Völker*, t. II, p. 296, 290.

por en reprimir las herejías que pululaban por todas partes (1). Enrique II escribió á su embajador en Roma: "Tengo tan experimentadas las veleidades, pasiones, cóleras y ligerezas de ese papa y de sus sobrinos, y me ha costado tan caro el conocerlos para arreglar á ello mi conducta, que me parece debo separarme si encuentro una buena ocasion sin dejarme llevar más... Despues, que nunca se encuentran grandes recursos en un hombre viejo y en gentes de tal escasez como son sus sobrinos y toda su casa... Siempre están alargando la mano á todo el mundo para irse con aquel que más les quiera dar, á fin de aprovecharse todo lo mejor que puedan del papado, ántes de que ese buen hombre se despida del mundo," (2). Si hemos de creer á los enviados venecianos, la causa principal de la guerra que Paulo IV provocó en Italia fué el deseo de engrandecer su familia (3). El grave de Thou es de esa misma opinion. "El papa, dice, quería que se le considerase como un mártir que sufre por la causa de Dios, mientras que atiza el fuego de la cristiandad en interes de sus sobrinos," (4). ¡Y qué sobrinos! El mismo Paulo IV decía que tenían el brazo empapado en sangre hasta el codo; el odio que ellos afectaban contra España era su único mérito (5).

La ambicion y la ceguedad de Paulo IV para con su familia son un hecho incontestable. ¿Pero acaso no lo han juzgado demasiado severamente los contemporáneos acusándole de haber sacrificado el sosiego de la cristiandad sólo por establecer á sus sobrinos? Verdad es que, despues de haber condenado, como cardenal, el miserable régimen de los favoritos que dominaba en Roma, llevó el favoritismo más léjos que sus predecesores. Sin embargo, no creemos que una mezquina ambicion de familia haya sido el móvil principal de Paulo IV; su gran pasion era el odio á España; pasion que se descubre en todos sus actos de una manera que no deja lugar á duda. El temor de la dominacion española era el que inspiraba á la corte de Roma desde Clemente VII; y Paulo IV tuvo

(1) Carta del duque de Alba al papa (GRANVELA, *Documentos de Estado*, t. IV, p. 669.)—RIBIER, *Cartas y memorias de Estado*, t. II, p. 655.

(2) RIBIER, *Cartas y memorias de Estado*, t. II, p. 768.

(3) NAVAGERO, *Relazione* (ALBERI, II, 3, p. 389): «La più prosima e la più potente cagione della guerra è il disignare di fare grande con l'armi la casa sua.»

(4) DE THOU, *Historia*, lib. XVIII.

(5) RANKE, *Fürsten und Völker*, t. II, p. 291.

el valor de intentar lo que sus predecesores se habían limitado á desear, la expulsion de Carlos V. Era ésta, en apariencia, una política racional; pero es una ilusion creer que el papa, áun logrando su intento, hubiese emancipado la Italia y libertado al mundo cristiano del peligro de la monarquía universal. La política anti-española, áun suponiendola coronada por el éxito, sólo hubiera logrado que la Italia cambiase de dueño, llevando á Francia la ambicion de la monarquía.

Los Venecianos, con los cuales negoció Paulo IV una liga contra Carlos V, no tenían ménos el poder de la Francia que el de la Casa de Austria; é hicieron presente al papa, que cuando los Franceses fuesen dueños de Milan y de Nápoles habría que temer mucho más por la libertad de Italia. El papa trató de calmar esas inquietudes diciendo: "Los hijos del rey de Francia establecidos en Milan y en Nápoles bien pronto llegarían á ser Italianos; y, además, siempre sería fácil librarse de ellos cuando se quisiera, porque la experiencia ha demostrado que los franceses son incapaces de establecerse sólidamente en Italia, mientras que la nacion española es como la grama que arraiga allí donde cae," (1). Paulo IV tenía con los Franceses un lenguaje diferente; oigamos las protestas del viejo pontífice: "Declaró al embajador de Enrique II que ningun cardenal, áun cuando fuera Frances, le aventajaba á ser frances y amar más á su rey; que su majestad podía estar bien seguro de no llegar nunca á tener un papa tan devoto suyo como él áun cuando fuera natural de Francia; y que al presente se le ofrecía la ocasion de adquirir la monarquía del mundo, y de ser además adorado como redentor de la Italia," (2). De esta manera el papa, que excitaba á los Venecianos á tomar las armas contra Carlos V por temor de la monarquía universal, hacía promesas al rey de Francia de esa misma monarquía. De ese modo el papa, que ardía en deseos de expulsar á los Españoles de Milan y de Nápoles, quería implantar allí á los Franceses. Y el patriota italiano se jactaba de ser más Frances que los Franceses mismos.

Hé ahí la política pontificia. Cuando se atribuyen designios patrióticos á los papas de la primera mitad del siglo XVI, y cuando se les cree preocu-

(1) NAVAGERO, *Relazione* (ALBERI, II, 3, p. 392).

(2) RIBIER, *Cartas y memorias de Estado*, t. II, p. 666.

pados del bien general de la cristiandad, se les tributa un honor que no merecen: no pensaban más que en su interes, interes de pequeños principes italianos, que pensaban en engrandecer sus Estados y sus familias. Á principios de aquel siglo eran hostiles á la Francia; para expulsar á los Franceses favorecieron á los Españoles, cuya ambicion era más perseverante y más tenaz, como decía con razon Paulo IV. Pero la dominacion española se hizo pronto pesada á la santa sede; los papas echaron entónces de ménos el régimen frances; y el más osado de ellos se atrevió á declarar la guerra al señor de dos mundos. ¿Adónde hubiera conducido esa revolucion política si hubiera triunfado? Á reemplazar el yugo de la España por el de la Francia. ¡Siempre el extranjero! De este modo se comprueba la grave acusacion de *Maquiavelo* contra el papado; ha sido un obstáculo eterno á la unidad italiana. No parece sino que pesa una maldicion sobre los sucesores de San Pedro; los esfuerzos que hacen para arrojar de Italia á los Bárbaros sólo han servido para consolidar la dominacion extranjera. Y es que Dios no bendice más que las buenas intenciones: el objeto de los papas no era la independencia de la Italia sino su propio engrandecimiento.

§ IV — Los Turcos

N.º 1. — *La monarquía universal de los Turcos.*

I.

Los Turcos desempeñan un gran papel en la lucha de Carlos V y Francisco I; el rey de Francia los llamó en su auxilio contra su poder rival, y por la vez primera se mezcló la media luna con el estandarte de Cristo, y fué para mantener la independencia de la cristiandad amenazada por aquel que se decía su jefe temporal (a). Sin embargo, ¿cosa notable! Los Turcos que salvaron á la Europa del peligro de una monarquía universal, eran ellos mismos pretendientes á esa monarquía; y á

(a) Este afrancesamiento llevado hasta el punto de atribuir á los Turcos la salvacion de la cristiandad, nos parece demasiado fuerte. Podría pasar como una paradoja, si no se apoyara en el pié forzado de la *monarquía universal*; verdadero bu conque *Laurent* pretende justificar los actos más péfidos cometidos contra España y censurar los de legítima defensa por parte de nuestra nacion y de sus reyes. Pero ese mismo pretexto, aplicado á favor de los Turcos, único y verdadero peligro para la cristiandad y para la Europa culta en aquellos tiempos, es más que paradoja: es un sarcasmo.—(N del T.)

jugar por el terror que inspiraban, su yugo era más de temer que la dominacion española.

En la actualidad nos cuesta trabajo creer en semejante peligro: cuando se ve la irremediable decadencia de la raza turca, se duda que se haya comprometido nunca seriamente la libertad de la Europa. Pero no trasportemos á lo pasado el desen que nos inspira lo presente; los pueblos, como los individuos, tienen sus épocas de crecimiento y de decadencia. El viejo, cuyas fuerzas están agotadas, se quejaría con razon si por su actual decrepitud se dedujese que siempre habia andado con muletas; del mismo modo las naciones tienen derecho de pedir á la historia que aprecie su vida pasada sin dejarse influir por las preocupaciones de lo presente. Evoquemos los recuerdos del siglo XVI. En todo el mundo cristiano resonaba un grito inmenso y universal de terror: cada momento se creía estar en visperas de una invasion turca, así como en el siglo X se creía estar en visperas de la consumacion final.

Tenían los papas por mision la de ser centinelas de la cristiandad en la lucha secular contra los infieles. En 1517, Leon X dirigió una alocucion á los principes cristianos acerca de la guerra contra los Turcos: ya no se trata, decía, de deliberar si nos es necesaria. Soliman nos amenaza y está en peligro nuestra misma existencia (1). Los reformadores desconfiaban de Roma así como los Troyanos desconfiaban de los Griegos: tenían que hubiese una segunda intencion en aquellos llamamientos incessantes que hacían los papas á la cristiandad. Pero no por eso dejaban de temer la invasion de los Turcos. Hasta la creían inevitable, puesto que estaba anunciada por los profetas. ¿No predice Daniel que mucho tiempo despues de los Romanos se levantará una nacion que tratará de destruir la religion cristiana? Esa profecía, dice Melanchthon, no puede referirse más que á los Turcos y demuestra que no es pequeño el desastre que se cierne sobre nuestras cabezas (2). No ménos aterrados que los celosos cristianos estaban los hombres políticos. Al ver Carlos V que los Turcos ganaban terreno sin cesar y avanzaban siempre, lanzó un grito de angustia, pero digno de un emperador: "Yo

(1) CHARRIÈRE, *Negociaciones de la Francia con Levante*, t. I, página 31.

(2) Carta de Melanchthon al arzobispo de Maguncia (BRETSCHNEIDER, *Corpus Reformatorum*, t. I, p. 875.)